

Seguir al Señor para una iglesia gloriosa (II)

Estamos muy concentrados en escuchar aquello que llamamos “los mensajes”, cuando lo que tenemos que escuchar es el Espíritu. Debemos escuchar al Espíritu, que, a veces, también habla a través de los hermanos, y a través de esos “mensajes”. Pero no solo porque alguien dé un mensaje significa que el Espíritu esté hablando. No debemos estar solo esperando escuchar algo nuevo, interesante, sino aquello que el Espíritu nos quiere hablar.

El Espíritu no es una fuerza, ni una cosa, sino la persona misma de nuestro Señor Jesucristo crucificado, resucitado y exaltado, una persona maravillosa, quien está lleno de fuerza, luz y autoridad. Por eso, es bueno que vengamos y nos humillemos ante Él. Pero, no te quedes solo en el punto de tomar la sangre, también puedes tocarle y decirle: “Señor, solo Te quiero a Ti, Tú eres mi vida, Tú eres mi gran tesoro, mi gozo, mi paz, y también eres mi amor por los hermanos. Gracias porque has derramado Tu amor en mi corazón. Oh, Señor, Te amo. Quiero tener más de Ti”. Cuando lo toco de esta manera, me doy cuenta de que Él me envía, tal como vimos en la reunión anterior. Y al estar en comunión con Él, automáticamente le preguntaré: “Señor, cuál es Tu anhelo, Tu deseo”.

Escuchar y obedecer al Señor

Nuestra relación principal tiene que ser con el Señor y no con las personas. En aquella época el Señor estaba con los discípulos, y estos estaban alrededor de Él. Podían escuchar lo que Él decía, obedecerle y aprender de Él, y no tanto de Sus doctrinas, sino de Su comportamiento. Pero el privilegio que tenemos hoy es que no solo tenemos al Señor a nuestro alrededor sino que ahora Él está en nosotros, y en cada uno de nuestros hermanos.

Debemos ejercitarnos en obedecerle. Sabemos que si le obedecemos estaremos haciendo lo mejor para nuestras vidas. Obedece al Señor y te irá bien. A veces, muchas de nuestras necesidades vienen de que somos desobedientes. Debemos ir al Señor y obedecer la guía del Espíritu. También la Palabra. Tenemos la costumbre de comer la Palabra de Dios.

Pero, ¿cómo comes Su Palabra? Sabemos que tenemos que comer y beber la Palabra, pero tenemos el peligro de hacerlo solo como una práctica externa. A veces me da la impresión de que lo hacemos de una manera muy superficial. Pero, si cuando leo la Palabra, eso me ayuda a orar una oración, entonces entro profundamente en esta Palabra, hasta tocar el Espíritu, y que el Espíritu me toque a mí. De esta forma, el Espíritu obra la obediencia dentro de mí.

¿Alguna vez has comido la predicación del monte (“sermón del monte”)? ¿O lo has leído y has pensado: esto no es posible? Pero esta predicación del Monte es algo maravilloso que nos muestra la esencia del Señor. Olvida si puedes o no llevarlo a la práctica, solo come la Palabra y gózate en ella, porque esta es la esencia del Señor, y está dentro de ti. Alaba al Señor y gózate en ello. La Palabra está llena de vida.

¿De dónde viene el Espíritu? Pablo nos dice en Gálatas 3:2: “¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley, o por el oír con fe?” ¿Cómo recibimos el Espíritu? A través del oír con fe. Lutero lo tradujo: “por la predicación”, pero no es por la predicación, sino por el oír. Cuando leo la Palabra, la escucho, no con mis oídos, sino con mi espíritu y con mi corazón, y le digo: “Señor, hágamelo”. La Palabra misma debe hablarnos. Esta es la Palabra viva y permanente de Dios. La Palabra es inspirada por Dios, y por eso, tanto los niños como los jóvenes tienen que ir mucho a la Palabra. Los niños, desde que aprenden a leer, pueden ir a ella. No digas que no la entienden, a veces, la entienden mejor que nosotros. El Señor dijo: “*Dejad a los niños venir a mí*” (Mat. 19:14). Porque ellos tienen una sensibilidad especial por la voz del Espíritu. Piensa en Samuel. Samuel tenía un oído muy atento a Dios. Elí ya era viejo, y no solo tenía un mal oído sino que no tenía un oído atento al Señor, pero Samuel oyó al Señor cuando le dijo: “Samuel, Samuel”. Dios conocía su corazón y sabía que si lo llamaba, le oíría. Necesitamos esta manera de oír, pero no se trata solo de oír sino también de obedecer, por eso tenemos que comer la Palabra dentro de nosotros con fe para que podamos recibir el Espíritu.

Tener comunión con el Señor, seguirle y apacentar

No es el método lo que me acerca al Espíritu, sino mi fe. Si queremos seguirle tenemos que leer Su Palabra y tener comunión con Él. El Espíritu no es ninguna cosa, sino una persona con la cual podemos tener comunión. Si todos hacemos esto, la atmósfera en la reunión cambiará.

El Señor quiere edificar Su iglesia. Es interesante que con esa palabra en Mateo 16, el Señor nos habla que debemos negarnos a nosotros mismos y tomar nuestra cruz. La iglesia no es edificada con fuerza o capacidad humana sino solo con aquello que hemos tocado en el Espíritu.

Cuando el Señor le dice a Pedro: “Pedro, ¿me amas?”, a continuación le dice: “Apacienta”. Y apacientar no se refiere solo a hablar. Que hable mucho no necesariamente significa que estoy apacientando. A veces yo también cometo el error de hablar demasiado, y al final se corta el apacientar. Tenemos que ejercitarnos en dejar que Él se mueva. Apacientar no es hablar. Apacientar es más bien dejar salir de mí algo que el Señor me ha dado. No todo lo que me ha tocado es necesariamente algo que tiene que tocar al Cuerpo. Por eso, debemos estar más atentos al Espíritu. El Señor quiere edificar Su iglesia. Para eso, nosotros también tenemos que limitarnos a nosotros mismos y tomar la cruz. Nuestro Yo es crucificado con el Señor. Pero también debemos seguir escuchando al Señor.

En el momento en que el Señor se encontró de nuevo con Sus discípulos, sopló el Espíritu en ellos. Él mismo era el Espíritu, con Su vida, con Su muerte, y con Su vida de resurrección. Todo esto está relacionado con la cruz. Si quieres al Espíritu no puedes ahorrarte la cruz. La “predicación de la prosperidad”, que dice que si le das al Señor el diez por ciento, Él te va a dar el cien por cien, es errónea. No solo está equivocada sino que es peligrosa, porque le agrada a tu alma. Tenemos que abandonar estas cosas. No se trata de agradar al alma sino de recibir el suplir del Espíritu, y esto viene por la cruz.

Leamos ahora unos versículos en Hechos 2: *“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen”* (vv. 1-4). Y también los versículos 32-33: *“A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís”*.

Todos estaban llenos del Espíritu, incluido Pedro. Además, Pedro era muy consciente de que el Señor había resucitado y había sido exaltado. En Juan 20:21, él no lo tenía tan claro, pero aquí lo tenía tan claro como la luz del sol. El Señor ya se les había aparecido varias veces, y les había enseñado cosas acerca de Su presencia invisible. Para los discípulos, que anduvieron

tanto tiempo con el Señor, y que de un momento a otro Él se volvió invisible para ellos, esto era algo que sobrepasaba su entendimiento. Pero ahora quedó muy claro que Cristo estaba en el trono y que había derramado aquello que veían y oían.

En los versículos 34 y 35 dice: *“Siéntate a mi diestra, Hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”*. Y el versículo 36 continúa: *“Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”*. Él les habló palabras muy sencillas, pero el Espíritu penetró dentro de sus corazones. Entonces preguntaron: *“Varones hermanos, ¿qué haremos?”* (v. 37). Cada vez que somos tocados interiormente por el Espíritu, le decimos: ¿Señor, qué debo hacer? El Señor es muy alto, Él es el Todopoderoso, y el que me conoce hasta en lo más íntimo. Entonces: *“Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo”* (v. 38). Y lo hicieron y recibieron el Espíritu Santo. Esto no es un método. Tienes que humillarte delante del Señor. Dile: *“Señor, me arrepiento. He desperdiciado mucho tiempo, pero ahora quiero seguirte. Tomo Tu gracia”*. 3000 personas recibieron el Espíritu y fueron bautizadas en un solo día. Pero, esas 3000 personas también tenían que ser *“apacentadas”*.

Ahora podemos entender un poco más por qué el Señor tomó a Pedro aparte, y le insistió tanto en que apacentara Sus ovejas, porque, ahora, tenía que ayudar a esas 3000 personas. ¿Quién iba a organizar todo eso? ¿Quiénes le iban a dar de comer? ¿Quiénes iban a tener comunión con ellos? Lo tenían que hacer los discípulos. Al principio eran 120 y de repente llegaron a ser más de 3000. ¡Qué responsabilidad! ¿Quién podía organizar todo aquello? Eso solo lo podía hacer el Espíritu Santo. No necesitas ninguna organización.

Consagrarnos para seguir al Señor

Comenzaron a reunirse en las casas cada día. Quizás no todos lo hacían de esta manera, pero algunos estaban tan hambrientos que se reunían todos los días. ¿Y por qué no lo iban a hacer así, si lo que estaban experimentando era lo más valioso que tenían? Vale la pena entregar nuestro tiempo para el Señor. Esto no es como un curso de idiomas donde vas a aprender algo, aquí, recibes vida. Lo que ocurrió no fue que Pedro vino a estas personas y les dijo: *“ahora vamos a impartir un curso sobre la fe, desde la A hasta la Z”*, ¡no!, esto no fue lo que pasó. Más bien, les dijo: *“Ya habéis recibido el*

Espíritu Santo, ahora, seguidle”. Olvida todo lo demás. Sigue al Señor. Después de Su resurrección, el Señor le dijo a Pedro dos veces: “Sígueme”. Recibimos el Espíritu para seguirle a Él, y no solo de una manera individual, sino en la iglesia y para la iglesia. El Señor Quiere edificar Su iglesia. Pero no olvides el evangelio; tenemos que atraer a otras personas para que sean edificadas.

Lo que el Espíritu hizo al principio fue algo sorprendente: todo lo tenían en común, y ninguno decía ser suyo nada de lo que poseía. Ellos no sólo permanecieron juntos sino que, además, para ellos, el resto de las cosas no tenían ningún valor. En comparación con el Señor todas las demás cosas no tienen comparación.

El Señor nos está llamando, y nos dice que dejemos todas las cosas, le miremos y le sigamos a Él. Da igual lo que pase en la iglesia, el Señor te dice: “Tú, sígueme”. A pesar de que la iglesia pase por dificultades, la salvación es que le sigamos. El Señor edifica Su iglesia a través de hermanos que le siguen personalmente, no a través de algunos hermanos muy dotados. Lo que edifica no es hablar por largo tiempo sino tocar al Señor.

Si amamos al Señor, también nos entregaremos por la iglesia. Como sabemos, primero fue edificada la iglesia en Jerusalén, después se edificaron las iglesias en Samaria, y después, en Antioquía. Había una iglesia en cada localidad. Y cuando en algunas localidades comenzó a haber división por diferentes opiniones, como se describe en 1 Corintios 1, tal vez por sus preferencias por algunas personas, entonces Pablo les dijo: “¿Quién es Pablo, Pedro, Apolos? ¿Acaso está Cristo dividido?”. Cristo tiene que ser nuestra primera elección, y Aquel que une a la iglesia en cada localidad. Esto no es una doctrina especial, sino la verdad en las Escrituras. Este es el camino del Señor. Muchos cristianos no pueden ver esto, y por eso estamos tan divididos.

Nuestra visión es Cristo y la iglesia. El Señor dijo que todos los hombres debían ser salvos, por eso, nuestro anhelo también es predicar el evangelio a toda criatura. Debemos tener la sensibilidad interna de decir: “Esta persona tiene que ser salva, conocer al Señor, recibir el Espíritu y seguir al Señor”. Pero, también edificar la iglesia. Esta es nuestra visión.

También debemos guardar la unidad, pero no a cualquier precio, sino al precio que el Señor ya pagó. Por eso, debemos dejarnos guiar por el Señor, Tenemos que poner al Señor en primer lugar. Si el Señor no está como punto principal en la iglesia, ninguna iglesia podrá ser edificada. No es una

doctrina nueva, pero tenemos que tomar nuevamente conciencia de esto y edificar Su iglesia. El Señor ama a Su iglesia, y quiere que nosotros también lo amemos. Si obedecemos al Señor, será ganancia para todos nosotros. Yo le digo al Señor que quiero consagrarme de nuevo a Él, y seguirlo por completo a Él, como si fuera hoy el primer día. Creo que todos podemos renovar nuestra consagración ante el Señor para Cristo y la iglesia.

Los Rubios, Málaga, Dic. 2016 GR